

¡Milagro!

... La máquina parecía no responder. Varias veces tecleamos el año 2007, pero nada sucedía. Entre tanto, el bombardeo y los disparos continuaban. Corríamos un gran peligro. Lo más sensato sería bajarnos y empujar un poco la máquina hasta un lugar más protegido pero, cuando íbamos a hacerlo, vimos a Enol levantando la puerta del capó, arriesgándose a que una bala lo transportara al mundo de los muertos.

-¿Pero qué haces? ¿Estás loco? -gritó Elena asomando la cabeza por una de las ventanillas.

-¡Calla y lo verás! -decía Enol, mientras no paraba de hurgar en el motor.

Los demás estábamos muy nerviosos, porque no acertábamos a comprender qué era lo que pretendía arriesgando de esa manera su vida y las nuestras. Pero, de repente, se le oyó gritar:

-¡Ya! ¡Marca ya! ¡Venga, teclea el número!

Elena tecleó 2007 y...

... No había la menor duda, estábamos en el desván del Colegio. Por suerte, esta vez no hubo sorpresas.

-¿Qué hora es? -preguntó Loreto.

-Las tres y media -respondió Manuel-. Pero, ¿para qué quieres saber la hora?

-¿De qué día? -insistió Loreto..

-Del 17 de mayo de 2007 -volvió a contestar Manuel.

-Sí, ¿pero qué día de la semana es? -contraatacó de nuevo Loreto.

-¡Jope, tía!, ¿sabes que te estás poniendo un poco pesada? -se irritó Manuel-. Pues no sé qué día de la semana es.

-Pero, ¿qué importancia tiene eso, Loreto? -dijo Sara.

-Pues mucha -contestó ella-. Si es un sábado o un domingo, la alarma del Colegio estará conectada. Y si es un día laborable, estarán todos en las clases.

-Si cerráis el pico, os lo digo yo rápidamente -dijo Alba, arrimando un oído a la trampilla del suelo por la que teníamos que bajar.

No se oía ni una mosca, o sea que todos parecíamos convencidos de que era un fin de semana. Carlos aún se acordaba del número clave para desactivar la alarma, así que tendría que bajar a toda velocidad y, ayudado por alguno de nosotros, forzar la puerta de Secretaría y actuar lo más rápido posible.

Sin embargo, antes de eso se nos planteó otro problema: ¿Cómo bajar del desván si no teníamos escalera?

La solución se nos ocurrió en seguida, pues en aquel cuartucho había de todo, hasta una vieja cuerda por la que fuimos descendiendo poco a poco en cuanto Carlos nos avisó de que la alarma ya estaba desconectada.

Sólo una cosa nos preocupaba: Andrea, que era una excelente observadora, se había fijado en un calendario del vestíbulo y había comprobado que el día 17 de mayo era jueves, y no sábado ni domingo, como habíamos pensado al principio. ¿Por qué no había clase? ¿Sería alguna fiesta? Nada podíamos sospechar entonces de lo que nos esperaba.

Salimos al exterior abriendo una ventana. Bajamos por la calle del cole hasta cerca del teatro Prendes y, cosa extrañísima, no nos cruzamos ni con un solo ser vivo. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde se había metido la gente?

Beatriz y Ángela echaron a correr hacia sus casas y, al poco tiempo, regresaron asustadísimas, porque ninguna había encontrado a sus familias en casa.

-¡Esto es muy raro! -dijo Sara-. Esperadme aquí, que echo una carrera hasta mi casa y ahora vengo.

-Y yo también me acerco hasta mi casa -dijo Jorge.

-Yo voy hasta el muelle -añadió Illán-. No tardo nada.

-Esperadme, vengo ahora, voy hasta el Ayuntamiento -dijo Juan.

Pero al cabo de unos minutos, todos volvieron con cara de preocupación. En ningún sitio habían encontrado ni los restos de sus familiares.

Nos sentamos en las gradas de Les Conserveres y, durante un buen rato, nadie dijo nada. Todos estábamos pensativos, pero ninguno sabía resolver aquel enigma.

-Mirad, chicos -dijo Carla, levantándose de repente-, tenemos dos opciones: O nos quedamos aquí lloriqueando o hacemos una patrulla y recorreremos todo el pueblo para ver si encontramos a alguien.

Y así lo hicimos. Nadie se atrevía a separarse de los demás, así que fuimos todos juntos.

Recorrimos todas las calles de Candás sin éxito. Subimos a San Antonio, llegamos hasta la rotonda de Tabaza, escudriñamos todos los rincones y nada de nada.

Aburridos y cansados de tanto patear las calles, nos fuimos hasta el muelle. Nos sentamos en las sillas de los bares y, al poco rato...

-¡Escuchad! ¿No oís un rumor? -preguntó Daniel.

Todos escuchamos atentamente, pero no acertamos a oír nada de nada.

-¡Sí!, ¡sí! -insistió Dani-. ¡Escuchad atentamente! Se oye como... como alguien que canta.

Y así era. Poco a poco, todos pudimos percibir unas voces muy lejanas que parecían entonar un cántico como el de las iglesias.

Nos incorporamos a toda velocidad, como si nos hubieran puesto un muelle en el trasero. Miramos en todas direcciones, pero... no vimos a nadie. Sin embargo, ¿de dónde provenía aquel murmullo?

-¡Allí!, ¡allí! -gritó Iván como un desesperado, mientras indicaba con el dedo hacia Perlora

Mirando a lo lejos, se veía una enorme procesión de gente que venía en dirección al Muelle.

-Pe... pe... pero ¿qué pasa aquí? -acertó por fin a decir Alberto.

-Pues eso digo yo -añadió Juan con voz de incrédulo.

-Esto es igual que la procesión de la fiesta del Cristo -informó Sara. Lo que pasa que se confundieron de fecha, porque estamos en mayo y la fiesta es en septiembre.

-Pero entonces, ¿qué hace toda esa gente? -se preguntó Marta-. ¿Estarán también nuestros padres?

-Oídme -nos reclamó Sara-, ¿todo esto no lo harán por nosotros?

-¿Y qué tenemos que ver nosotros con el Cristo y con una procesión? -preguntó Carlos un tanto extrañado.

-Con el Cristo... y con María -dijo Iván apuntando con el dedo hacia la muchedumbre, que traía en volandas a una imagen de la Virgen.

Echamos a correr hacia ellos. Fuera lo que fuera, teníamos que salir de dudas inmediatamente. Teníamos que resolver aquel misterio de una vez por todas.

A medida que la procesión se acercaba, sus componentes comenzaron a gritar como locos. No se entendía lo que decían, pero todos señalaban hacia nosotros, gritando como desesperados.

Cuando ya estaban más cerca, se pudo oír:

-¡Milagro! ¡Milagro!

-Comenzaron a rodearnos. Nos tocaban como si fuésemos resucitados. No acababan de creer lo que veían.

Nuestros padres también estaban entre aquella muchedumbre. Poco a poco fueron apareciendo. No decían nada. Se tiraban a nuestros cuellos y nos abrazaban con desesperación.

-¡Virgen Santa! ¡Bendito Cristo de Candás! -decían algunas madres al mismo tiempo que lloriqueaban y nos besaban.

-Pero mamá -decía Jorge- ¿qué tienen que ver la Virgen y el Cristo con nosotros?

-Gracias a ella estáis de vuelta, hijo mío -le decía su madre.

-¿Gracias a quién? - preguntaba riéndose Iván.

-A la máquina del tiempo -contestó Manuel.

-Y a Enol, que fue quien arregló el motor -añadió Alberto.

-¡Ay, Dios mío! ¡Estos “guajes” desvarían! -decía una de nuestras madres.

-¡Lo importante es que volvieron! -decía otra.

En una enorme manifestación, nos pasearon por todas las calles de Candás como si fuésemos astronautas de regreso de una misión espacial. Todos aplaudían. Una orquesta improvisada tocaba. Desde los balcones nos lanzaban confeti...

Creo que nunca podremos contar la verdad de lo sucedido. La mente de las personas mayores es demasiado estrecha para comprender las aventuras que vivimos, les falta imaginación. Será mejor que sigan creyendo en “El milagro de los niños desaparecidos de Carreño”.